

La historiografía española contemporánea en 1991

Mariano Esteban de Vega

Reflexionar globalmente sobre el trabajo de los contemporaneístas españoles en 1991, cuando apenas han transcurrido dos meses de 1992, no es, desde luego, una tarea fácil. Está claro que con tan poca perspectiva sería ilusorio aspirar a ofrecer un balance exhaustivo, y que cualquier intento de hacerlo incurriría en omisiones injustas y en juicios precipitados. Por esa razón, este trabajo renuncia expresamente a dar cuenta detallada de la historiografía contemporánea española de 1991 y se plantea unos objetivos más modestos. Se trata de comentar brevemente algunas obras publicadas este año -las que el autor considera más importantes, naturalmente, entre aquellas que ha podido conocer¹ y formular, a partir de esas obras, unas cuantas reflexiones -personales, aunque quizá no demasiado originales- sobre el estado actual de nuestra historiografía.

¹ Por desgracia, estar al día en esta materia sigue siendo en España una tarea que depende, básicamente, de la paciencia y la constancia del interesado. Hay que reconocer, sin embargo, que los medios de información bibliográfica con que hoy contamos permiten disponer rápidamente de datos cada vez más actualizados, aunque mucho menos aún que en el ámbito anglosajón e incluso francés; de hecho, en la fecha en la que se escriben estas líneas la base de datos ISBN en CD-Rom facilita información sobre obras aparecidas durante los nueve primeros meses de 1991.

1991: Una cosecha discreta

Quizá lo primero que sea preciso destacar es que, a juicio del autor de estas páginas, 1991 no ha sido un año especialmente brillante para la historiografía contemporánea española. En primer lugar, tengo la impresión (que no he podido constatar estadísticamente) de que este año se han publicado menos libros de historia que en años anteriores, posiblemente por razones ajenas a la propia evolución de nuestra historiografía e imputables sobre todo a la situación del mundo editorial. Por otra parte, 1991 ha asistido a la publicación de varios libros importantes, de aportaciones notables en campos diversos, pero probablemente no haya sido editada ninguna obra maestra, trabajos que --como, por ejemplo, las biografías de Lerroux y Azaña, el año pasado- puedan servir, por sus aportaciones teóricas o metodológicas, o sencillamente por su contenido, como auténticos modelos en su género.

La iniciativa historiográfica más destacada y ambiciosa de 1991 ha sido, sin duda, una obra de referencia, la *Enciclopedia de Historia de España*, dirigida por Miguel Artola y publicada por Alianza, de la que este año han visto la luz los tomos IV y V, un «Diccionario biográfico» (de más de 1.600 españoles relevantes) y un «Diccionario temático» (con nueve grandes apartados y cerca de 2.000 voces). Teniendo en cuenta que, como señala el propio Artola, «las enciclopedias no se leen, se consultan», será el tiempo (y la propia conclusión de la enciclopedia, con dos inminentes tomos VI y VII, dedicados a atlas históricos, cronología, estadísticas, fuentes e índices) quien diga hasta qué punto resultará útil una obra que, en principio, parece destinada a convertirse en herramienta insustituible para un público muy amplio. Al lado de esta obra colectiva, de enorme envergadura, quedan empequeñecidos otros manuales e intentos de síntesis, irregulares en su planteamiento y en sus resultados finales, de los que 1991 ha ofrecido algunos ejemplos 2.

² Antes de la previsible avalancha de libros de síntesis sobre historia española que traerá consigo el 92, vieron la luz el año pasado la *Historia de España*, de VALDEÓN, DOMÍNGUEZ ÚRTIZ y TUÑÓN DE LARA (Labor); *La España contemporánea*, en tres volúmenes, de SÁNCHEZ JIMÉNEZ, JOSÉ (Istmo), y los desiguales *España, siglo XIX y España, siglo XX*, coordinados, respectivamente, por PAREDES, JAVIER, y ANDRÉS GALLEGO, JOSÉ (Actas), además de algunos nuevos tomos de las *Historia[s] de España* que

En el campo de la reflexión historiográfica, una de nuestras tradicionales carencias, el año que termina ha servido para confirmar la creciente atención que, felizmente, los historiadores españoles prestan hoy a los estudios de historia de la historiografía. Las dos aportaciones más interesantes en este terreno proceden de la Universidad de Zaragoza, se deben a Julián Casanova y Gonzalo Pasamar, y constituyen, respectivamente, un espléndido repaso por la historia de la historia social y un análisis muy completo de la historiografía del primer franquismo.

El libro de Casanova, *La historia social y los historiadores* (Crítica) es, en efecto, la obra de un magnífico conocedor de la historia social, especialmente de la anglosajona, que recorre, con pluma muy brillante, los orígenes de esta forma de abordar el conocimiento histórico -como respuesta al historicismo alemán, al positivismo francés y la historia empírica británica-, su «edad de oro» de los años sesenta y setenta y la crisis -quizá de crecimiento-- de los años ochenta, para cuya solución Casanova propone la cooperación entre la sociología histórica y una historia teórica basada en esquemas conceptuales flexibles, elaborados para la interpretación de situaciones históricas concretas. Más allá de lo discutible que pueda parecer a algunos el diagnóstico de crisis o la receta para «la salida del túnel», lo que más se echa en falta en este libro es una mayor profundidad en el análisis de ese «secano español» (que no «desierto») al que Casanova dedica un apéndice, nada ocioso, pero sí algo injusto y demasiado breve.

Por su parte, *Historiografía e ideología en la postguerra española: la ruptura de la tradición liberal* (Prensas Universitarias de Zaragoza) es un nuevo fruto de la tesis doctoral del autor y enlaza con un conjunto de publicaciones que han convertido a Pasamar en uno de nuestros principales especialistas en la historiografía del franquismo. Se trata de un libro denso y lleno de erudición, de tono aséptico y fondo a veces despiadado, que sin duda provocará más de un escozor. En él se pueden establecer dos partes, dedicadas, respectivamente, a estudiar el proceso de institucionalización de la historiografía franquista -sobre todo a través de la Universidad y el Consejo

varias editoriales vienen publicando. A pesar de su brevedad, merece ser destacado especialmente el capítulo titulado «La adaptación a la modernidad: 1800-1991», que constituye la aportación de FUSI, JUAN PABLO al libro coordinado por ELLIOT, JOHN H. *El mundo hispánico*. Crítica. Barcelona, 1991.

Superior de Investigaciones Científicas- y a analizar los principios filosóficos, culturales y metodológicos que sustentaron esta historiografía de la postguerra (es decir, la historiografía conservadora de la Restauración y algunas aportaciones de autores extranjeros conservadores y tradicionalistas, puestos al servicio de objetivos esencialmente antiliberales). En conjunto, la obra no sólo constituye un trabajo fundamental para la historia de nuestra historiografía reciente, sino también una aportación muy notable para el conocimiento de las formas de legitimación ideológica del propio franquismo.

En este mismo ámbito de la reflexión historiográfica es necesario destacar el libro editado por Germán Rueda, *Doce estudios de historiografía contemporánea* (Universidad y Asamblea Regional de Cantabria), cuya autoría corresponde a una serie de profesores de esta misma Universidad. Aunque, en general, la obra presenta un calado teórico menor que las anteriores, lo cierto es que proporciona buenos y útiles estados de la cuestión sobre historia social, la nueva historia económica, las revoluciones de 1848, la primera desamortización, etcétera, y que los resultados superan casi siempre el tono de modestia con que el libro aparece planteado. Justo lo contrario sucede con los dos decepcionantes tomos en los que la revista *Hispania* recoge las aportaciones a las jornadas «Cincuenta años de historiografía española y americanista, 1940-1989», conmemorativas del cincuentenario de la propia revista. En lo que interesa a la historia contemporánea, sólo algunos trabajos (sobre todo los de Ignacio Olábarri y Pedro Carasa) sobresalen de un panorama general disperso y de no muy altos vuelos³.

Mil novecientos noventa y uno ha sido, por otra parte, un buen año --otro más-- para nuestra historia económica. Un notable número de monografías interesantes y renovadoras ha vuelto a poner

³ Me refiero a los números 175 y 176 de *Hispania*, que aunque forman parte del volumen L de la revista, correspondiente a 1990, han visto la luz en 1991. También en el ámbito de la reflexión historiográfica puede reseñarse la especie de campaña de agitación que promueve del Departamento de Historia Contemporánea de Deusto desde la aparición del opúsculo *La historia subversiva* (1990), y que en 1991 ha registrado la aparición del libro editado por AZCONA, Í. M., *Debates por una historia viva*. En tono deliberadamente polémico y provocador, se propone una concepción de la historia como cambio y transformación a través de luchas y antagonismos sociales, en los que el historiador sería el mejor preparado para subvertir el presente y hacerlo más favorable y positivo para todos; es de agradecer, sin embargo, la inclusión en el libro citado de un trabajo tan corrosivamente escéptico como el que firma Santos Juliá.

de manifiesto el espléndido momento que esta rama del conocimiento histórico, en sus diferentes escuelas y tradiciones, vive hoy en España. La nómina es extensa e incluye, al menos, una obra fundamental para la historia de los transportes antes de la aparición del ferrocarril, que retoma además la tesis de la revolución burguesa en España ⁴, un par de valiosos volúmenes colectivos de historia agraria ⁵, una recopilación de varios trabajos de historia cuantitativa industrial de nuestro principal especialista, Albert Carreras ⁶, un magnífico análisis de la crisis de 1929 y su repercusiones en España ⁷ y dos libros esenciales para la historia de la empresa pública en España, dirigido uno y realizado el otro por Francisco Comín y Pablo Martín Aceña ⁸.

Sin embargo, la aportación quizá más interesante y, desde luego, la más polémica se refiere a una de las cuestiones claves de nuestra historia económica, es decir, las razones del lento y tardío proceso industrializador español. En efecto, el libro de Pedro Fraile *Industrialización y grupos de presión. La economía política de la protección en España, 1900-1950* (Alianza) supone un nuevo hito en la revisión de la tesis tradicional según la cual el atraso relativo de la industrialización española debía atribuirse a la debilidad e insuficiencia de la demanda, derivada de una agricultura escasamente productiva y que absorbía un desmesurado volumen de mano de obra. Para Fraile, el problema de la industria española no habría sido tanto de demanda como de oferta, y más específicamente residió en la tendencia de los *lobbies* industriales vascos y catalanes a obviar la competencia mediante la obtención de privilegios estatales, singularmente la protección arancelaria. Sirviéndose del instrumental matemático característico de la *new economic history*, el libro presenta a los indus-

⁴ MADRAZO, S., *La edad de oro de las diligencias. Madrid y el tráfico de viajeros en España antes del ferrocarril*. Nerea. Madrid, 1991.

⁵ SAAVEDRA, P., y VILLARES, R., *Señores y campesinos en la Península Ibérica, siglos XVII-XX*. Crítica. Barcelona, 1991, y YUN CASALILLA, B., *Estudios sobre capitalismo agrario, crédito e industria en Castilla (siglos XIX y XX)*. Junta de Castilla y León. Valladolid, 1991.

⁶ CARRERAS, A., *Industrialización española: estudios de historia cuantitativa*. Espasa-Calpe. Madrid, 1991.

⁷ PALAFOX, I., *Atraso económico y democracia. La Segunda República y la economía española, 1892-1936*. Crítica. Barcelona, 1991.

⁸ COMÍN, F., y MARTÍN ACEÑA, P. (Dirs.), *Historia de la empresa pública en España*. Espasa-Calpe. Madrid, 1991, y COMÍN, F., y MARTÍN ACEÑA, P., *INI: cincuenta años de industrialización en España*. Espasa-Calpe. Madrid, 1991.

triales como agentes racionales -quizá demasiado racionales, como ya han señalado algunas críticas- que buscan con éxito el beneficio, aprovechando la escasa independencia del Estado respecto de sus presiones y de sus propias necesidades fiscales. Ese modelo de industrialización habría impedido a las empresas españolas acceder a las ventajas comparativas del mercado internacional, habría restado dinamismo tecnológico y desembocado en un crecimiento industrial lento y constreñido por los altos precios.

En el terreno de la historia social, es muy probable que la obra destinada a concitar mayores polémicas sea la que José A. Piqueras y Enric Sebastiá han dedicado a estudiar la crisis del moderantismo español, en las vísperas de la revolución septembrina de 1868, y desde la perspectiva de la burguesía valenciana⁹. Si hay algo que no le falta a este libro es rotundidad: para los autores, a mediados de los años sesenta la revolución industrial había concluido en España, planteándose entonces una revolución social, finalmente frustrada, que habría intentado resolver «la contradicción entre el crecimiento de las fuerzas productivas y unas relaciones de producción dominantes que todavía son feudales». Es evidente la intención provocadora de Piqueras y Sebastiá en estos tiempos de descreimiento, contexto en el que se comprenden excesos como éste. Por otra parte, la confianza que los autores muestran en la necesidad de rescatar la vieja querrela sobre la revolución burguesa en España quizá resulte desmesurada, pero no es dudoso, en mi opinión, que su libro contiene aportaciones decisivas (por ejemplo, sobre la desamortización del Patrimonio Real, la cuestión de los censos agrícolas y la enfiteusis valenciana, o la actitud de los esclavistas cubanos frente al abolicionismo) para el conocimiento de uno de los períodos menos explorados del siglo XIX español¹⁰.

⁹ *Agiotistas, negreros y partisanos*. Alfons el Magm'mim. Valencia, 1991.

¹⁰ En este mismo campo de la historia social merecen ser destacados el libro de TRINIDAD, PEDRO, *La defensa de la sociedad. Cárcel y delincuencia en España (siglos XVIII-XX)* (Alianza), uno de los primeros que abordan en España de forma global la cuestión de la marginalidad y la exclusión social, y el de RODRÍGUEZ LABANDEIRA, JOSÉ, *El trabajo rural en España, 1876-1936* (Anthropos-Ministerio de Agricultura), exhaustiva puesta al día de uno de los aspectos centrales de nuestra historia social. También en 1991 ha sido publicado, bajo la coordinación de CASTILLO, SANTIAGO, *La Historia Social en España. Actualidad y perspectivas* (Siglo XXI), volumen que recoge las actas del I Congreso de la Asociación de Historia Social.

El año recién terminado ha ofrecido también, finalmente, algunos buenos trabajos encuadrables dentro de la historia política e intelectual. Entre ellos, no cabe duda de que merece un lugar de honor la reedición, ampliada y reelaborada, del discurso de ingreso de Jover Zamora en la Real Academia de la Historia, bajo el título *Realidad y mito de la Primera República* (Espasa-Calpe), y que, como es bien sabido, analiza la «imagen» de la Primera República española durante la Restauración, tomando como hilo conductor los *Episodios Nacionales* de Galdós. A la mejor tradición de nuestra historia política corresponde, por otra parte, el libro de José Luis Gómez Navarro, *El régimen de Primo de Rivera. Reyes, dictaduras y dictadores* (Cátedra), obra ambiciosa que, desde la historia comparada, ofrece una síntesis interpretativa del régimen primorriverista como sistema político peculiar, lejano al fascismo e identificado, en cambio, con el ejército y la burocracia de un país básicamente desmovilizado.

No parece casual, por último, que en los tiempos que vivimos el análisis de los nacionalismos se esté convirtiendo en uno de los temas estelares de nuestra historiografía política. Así, el libro de Blas Guerrero, *Tradición republicana y nacionalismo español* (Tecnos), constituye un jalón importante en la revisión que, en los últimos años, ha empezado a realizarse de la historia del nacionalismo español, una historia en la que -por supuesto-- no todo fue centralismo reaccionario y oligárquico. En esta misma línea revisionista, el sólido estudio de Javier Fernández Sebastián, *La génesis del fuerismo. Prensa e ideas políticas en la crisis del Antiguo Régimen. País Vasco, 1750-1840* (Siglo XXI), nos presenta un primer fuerismo vasco del que no estaba ausente, ni mucho menos, el intento de conciliar la persistencia del entramado foral con el nuevo orden constitucional español. Por su parte, *Los nacionalismos en la España de la República* (Siglo XXI) recopila, bajo la coordinación de Justo González Beramendi y Ramón Maíz, veintidós trabajos -presentados a un simposio anterior celebrado en La Coruña- que, en conjunto, ofrecen un buen estado de la cuestión sobre el problema nacional durante la Segunda República, y especialmente respecto de los procesos autonómicos de Cataluña, País Vasco y Galicia ¹¹.

¹¹ En este contexto cabe reseñar también dos buenas síntesis divulgativas sobre los nacionalismos catalán y vasco -firmadas, respectivamente, por Albert Balcells y por Fernando Carda de Cortázar y José Manuel Azcona- (I-historia 16), muy distin-

¿La pervivencia de una peculiaridad?

Es bien conocido, y en ello coinciden además los dos trabajos citados más arriba que analizan la evolución de la historiografía española en los últimos años ¹², que, como mínimo, desde la ruptura intelectual y cultural que supuso el franquismo, la historiografía contemporánea española ha seguido una trayectoria distinta -parcialmente distinta por lo menos- a la de la historiografía occidental.

En efecto, desde 1939 y durante varias décadas (precisamente las de la «edad de oro» de la historia social europea) la historia contemporánea española apenas existió, en un contexto de autarquía intelectual y de exaltación de los mitos de la España imperial. Como señala Julián Casanova, la inmensa mayoría de las hipótesis, problemas y estudios empíricos con que hoy cuenta la historiografía española sobre la edad contemporánea procede de las tres vías de renovación que se fueron abriendo paso a partir de finales de los años cincuenta y que ya identificó Jover hace tiempo ¹³: la de Vicens y quienes comenzaron a contemplar la historia económica como un ámbito especializado en la historia general; la ampliación de los campos de estudio en la historia política tradicional por medio de conceptos prestados por la sociología y la ciencia política y, en fin, la historia del movimiento obrero, que por primera vez situaba a las clases desposeídas y no a las dominantes en el centro del análisis histórico.

Gracias a estas tres vías de renovación, al final del franquismo la historiografía española protagonizaba una reconstrucción del discurso histórico que, sin duda, tenía muchos defectos y carencias -derivadas de la necesidad de quemar etapas y del propio clima político-intelectual de la época-, pero que sirvió para llenar el vacío de la revolución historiográfica que en otros países se había producido treinta o cuarenta años antes. Se dio, sin embargo, la situación pa-

tas, sin embargo, en su actitud -comprometida la primera, distante la segunda- respecto del fenómeno analizado.

¹² Me refiero al artículo de OLÁBARRI, IGNACIO, «El peso de la historiografía española en el conjunto de la historiografía occidental». *Hispania*, 175 (1990), pp. 417-437. Y el apéndice titulado «El secano español», incluido en el libro de CASANOVA, JULIÁN, *La historia social y los historiadores*. Crítica. Barcelona, 1991, pp. 159-166.

¹³ JOVER ZAMORA, JOSÉ MARÍA, «Corrientes historiográficas en la España Contemporánea», en *Once ensayos sobre la Historia*. Fundación Juan March. Madrid, 1976.

radójica de que el triunfo en España de la «historia científica», en el sentido empleado por Stone, tenía lugar prácticamente al mismo tiempo (finales de los setenta) que en los principales países de Occidente este modelo entraba en crisis y empezaban a menudear las propuestas de «nuevas historias» y «nuevas/viejas historias», con objetivos y formas de expresión distintos a los que la habían caracterizado en los cuarenta años anteriores. No es extraño que esta crisis cogiera a contrapié a la historiografía española ni que, como señala Olábarri, encontrara entre nosotros una acogida lenta y llena de reticencias.

En mi opinión, el análisis del trabajo de los contemporaneístas españoles en 1991 permite comprobar que, para bien o para mal, la recepción en España de esta crisis historiográfica es aún escasa y parcial. La *historia científica* sigue gozando hoy de un claro predominio en nuestra historiografía, aunque cada vez sea menor la confianza en los grandes modelos. Con todo, es indudable que la normalización democrática del país, el cambio del clima intelectual y la influencia de las *nuevas historias* han permitido también una cierta renovación de la historiografía española.

Tomando como referencia la situación de finales de los setenta, en los últimos años se han producido —a mi juicio— al menos tres novedades significativas. La primera parece la más incontrovertible y obedece a la propia evolución de la vida del país. La historia tiene cada vez menos valor como instrumento de la lucha política, y esa disminución de su interés social ha llevado aparejado el efecto saludable de disipar el excesivo presentismo que, en general, caracterizaba a la historiografía contemporánea española de hace diez o quince años.

Por otra parte, el panorama historiográfico español se ha ampliado considerablemente, y en este proceso de expansión se ha hecho cada vez más plural, conviviendo hoy en él un número creciente de tendencias, de planteamientos teóricos y metodológicos y de corrientes intelectuales. Como en otros países, el materialismo histórico ha perdido influencia, sobre todo en sus versiones más cerradas y esquemáticas, aunque no deja de ser significativo del fuerte prestigio que esta escuela historiográfica conserva entre nosotros el que al menos dos obras importantes aparecidas en 1991 (las ya citadas de Madrazo y de Piqueras y Sebastián) se decidan a rescatar una polémica como la de la revolución burguesa. Está claro, sin embargo, que lo que se

suele conocer como historiografía liberal ha ganado peso y presencia en España en la última década, contexto en el que hay que situar, por ejemplo, la continua reedición de textos de José Antonio Maravall, cuya obra ha influido notablemente en varias generaciones de historiadores de diferentes orientaciones ideológicas¹⁴.

Finalmente, los últimos años también han asistido a una cierta renovación temática de nuestra historiografía, que en algunas ocasiones ha ido acompañada de una revisión y puesta al día de teorías y métodos. Es, sin embargo, en este aspecto en el que —a juzgar por lo sucedido en 1991-10s cambios han sido más limitados y mayor, por tanto, sigue siendo la necesidad de renovación. Ya se ha aludido a algunas de las disciplinas (la historia económica y, en menor medida, la historia de la historiografía) en las que últimamente el avance ha sido manifiesto. Además, la historiografía española se ha hecho eco del creciente papel que hoy se concede al estudio de las personalidades en la historia, y de hecho son varias las biografías publicadas este año, aunque ninguna de ellas puede considerarse especialmente original o innovadora¹⁵. Otro de los sectores de estudio auténticamente estelares de los últimos años, la historia local, campo esencial para el conocimiento del pasado de un país en el que «hasta bien entrado el siglo XX la localidad, la provincia, la comarca y la región —y no la nación— fueron el verdadero ámbito de la vida social», sigue sin embargo proporcionando escasos ejemplos de historia «hecha por autores que tienen muy en cuenta la historia general, que están preocupados por problemas teóricos, que utilizan metodologías interdisciplinarias y que acotan un ámbito concreto o local para comprender y profundizar cuestiones más generales»¹⁶.

¹⁴ En 1991 fue editado, con prólogo de Carmen Iglesias, el cuarto volumen de sus escritos dispersos, bajo el título *Estudios de Historia del pensamiento español. Siglo Xnll*. Mondadori. Madrid, 1991.

¹⁵ PÉREZ VILLANUEVA, JOAQUÍN, *Ramón Menéndez-Pidal. Su vida y su tiempo*, Espasa-Calpe. Madrid, 1991; ROCEL, CARLOS, y VATTER, CARLOS (Coord.), *Alonso Martínez: vida y obra*. Tecnos. Madrid, 1991, y VICTORIA, OCTAVIO, *Vida de don Salvador de Madariaga*. Centro de Estudios Ramón Areces. Madrid, 1991. Sobre el propio Madariaga ha aparecido igualmente el libro del periodista FERNÁNDEZ SANTANDER, CARLOS, *Madariaga, ciudadano del mundo*. Espasa-Calpe. Madrid, 1991. Por fin, en 1991 también ha sido publicado un fruto tardío del cincuentenario de Azaña, FERRER SOLÁ, JESÚS, *Manuel Azaña: una pasión intelectual*. Anthropos. Barcelona, 1991.

¹⁶ Las palabras entrecomilladas corresponden, respectivamente, a FUSI, JUAN PABU, «Introducción», en *España. Autonomías*. Espasa-Calpe. Madrid, 1989, p. 17, Y TERRADAS, TCNASI, «La historia de les estructures i la historia de la vida. Reflexions so-

Algunas de las carencias más notables de nuestra historiografía continúan además sin ser resueltas. Así sucede particularmente con el problema de la casi completa ausencia de especialistas españoles en historia de otros países. De hecho, en 1991 los historiadores apenas han participado en la verdadera avalancha editorial surgida al calor de los nuevos acontecimientos en el orden internacional¹⁷. Las brillantes aportaciones de Santos Juliá y Juan Pablo Fusi, además de la del politólogo Juan José Linz y la del economista Luis Angel Rojo, recogidas en un libro colectivo dedicado al estudio de la llamada Europa de entreguerras, constituyen la principal excepción dentro de un panorama bastante desolador¹⁸.

Especialmente llamativa resulta, por último, la escasa atención que los historiadores españoles prestan a algunos de los campos más atractivos y fecundos -como el estudio de las formas de sociabilidad

bre les formes de relacionar la historia local i la historia general», en MOLL, ISABEL, (Ed.), *La vida quotidiana dins la perspectiva historica*. Institut d'Estudis Balearics. Palma de Mallorca, 1985, p. 3. En este terreno de la historia local, dentro de una producción bibliográfica que sigue siendo copiosísima, pueden ser destacados, por diferentes razones, ARTIAGA RECO, AURORA, *A desamortización na provincia de Pontevedra (1855-1900)*. Diputación Provincial. Pontevedra, 1991; PONS PONS, ANACLET, *La propietat a subasta. La desamortizació i els seus beneficiaris: inversió i mercat (Valencia, 1855-1867)*. Universitat de Valencia. Valencia, 1991; PONTE CHAMORRO, FEDERICO, *Demografía y sociedad en el Madrid decimonónico (1787-1857)*. Turner. Madrid, 1991; QUIRÓS LINARES, FRANCISCO, *Las ciudades españolas en el siglo XIX*. Ambito. Valladolid, 1991; SÁNCHEZ MARROYO, FERNANDO, *El proceso de formación de una ciasedirigente. La oligarquía agraria en Extremadura a mediados del siglo XIX*. Universidad de Extremadura. Cáceres, 1991; Souro CONZÁLEZ, José M., *Vigo. Cien años de historia urbana (1880-1980)*. Eds. Xerais. Vigo, 1991; VALERO ESCANDELL, JOSÉ RAMÓN, *Historia social de una industria juguetera*. Generalitat Valenciana. Valencia, 1991; VAQUERO IGLESIAS, JULIO ANTONIO, *Muerte e ideología en la Asturias del siglo XIX*. Siglo XXI. Madrid, 1991, YVV.AA., *Fuentes y métodos de Historia Local*. Instituto Florián de Ocampo. Zamora, 1991.

¹⁷ En este terreno, patrimonio casi privativo del periodismo retrospectivo y el ensayismo de divulgación, merecen alguna mención los trabajos firmados por el sociólogo TAIBO, CARLOS, sobre todo el libro publicado bajo su coordinación *De la Revolución de Octubre a Gorbachov. Una aproximación a la Unión Soviética*. Fundamentos. Madrid, 1991.

¹⁸ Se trata de la obra editada por CABRERA, MERCEDES; JULIÁ, SANTOS, y MARTIN ACEÑA, PABLO, *Europa en crisis, 1919-1939*. Ed. Pablo Iglesias. Madrid, 1991. A un nivel más modesto, y con pretensiones no estrictamente historiográficas, puede reseñarse también el estudio sobre el Papado en este siglo de GARCÍA DE CORTÁZAR, FERNANDO, y LORENZO ESPINOSA, JOSÉ MARIA, *Los plif'gues de la tiara. Los Papas y la Iglesia del siglo XX*. Alianza. Madrid, 1991.

o la vida cotidiana- que ya se han abierto paso en otros países. Parece lamentable, en efecto, que el papel pionero en estos nuevos sectores de investigación esté siendo desempeñado, casi en su totalidad, por hispanistas, sociólogos e historiadores de la literatura, y que la presencia de los historiadores sea en ellos casi irrelevante ¹⁹.

Naturalmente, no se propone aquí una mera imitación o un esfuerzo desesperado por adaptar la historiografía española a las últimas modas intelectuales. En realidad, nada resultaría más negativo que la aparición de ese espíritu de especialización, de erudición satisfecha y de balcanización encubierta que caracteriza a algunas de las *nuevas historias*. Se trata, en cambio, de no renunciar a la aprehensión del pasado en toda su complejidad, desvelando aquellas dimensiones fundamentales de nuestra historia que hoy se hallan más oscurecidas. Creo que merece la pena preguntarnos si un crecimiento puramente acumulativo, basado en seguir estudiando las mismas cuestiones que en los últimos años, con pocas o con las mismas preocupaciones teóricas que hasta ahora, puede conducir a una verdadera renovación de nuestra historiografía. Por el contrario, abordar el conocimiento del pasado desde nuevos frentes parece una de las condiciones necesarias para incrementar el diálogo con las otras ciencias sociales, enriquecer el debate conceptual y metodológico y dotar a nuestra historiografía de una dimensión teórica mayor.

¹⁹ Véase GUEREÑA, JEAN LotJIs, «Hacia una historia socio-cultural de las clases populares en España (1840-1920)>>. *Historia Social*. 11 (1991), pp. 147-164. En 1991 las principales novedades en este sector han sido la aparición de un libro sobre la evolución de los usos de urbanidad en España en el último siglo, a cargo de un conocido especialista en sociología de la vida cotidiana (MIGUEL, AMANDO DE, *Cien años de urbanidad*. Planeta. Barcelona, 1991) Y un par de historias de los espectáculos en las primeras décadas del siglo XX (DOUGHERTY, DRU, y VILCHES, MARÍA FRANCISCA, *La escena madrileña entre 1918 y 1926. Análisis y documentación*. Fundamentos. Madrid, 1991, Y sobre todo, AMORÓS, ANDRÉS, *Luces de candilejas. Los espectáculos en España (1898-1939)*. Espasa-Calpe. Madrid, 1991). También resultará útil para quienes se interesen por esta materia el libro de SÁNCHEZ VIGIL, JUAN MIGUEL, Y DURÁN BLÁZQUEZ, MANUEL, *España en blanco y negro*. Espasa-Calpe. Madrid, 1991, basado en los fondos fotográficos que sirvieron para publicar en las primeras décadas del siglo XX la *Enciclopedia Universal Ilustrada* de esta editorial. Un síntoma más del problema que señalamos es la lentitud con la que avanza en España la historia de la mujer, otro de los campos más prometedores de la nueva historia: véase el interesante apéndice sobre el caso español, coordinado por Gloria Niefra, que se incluye en el segundo volumen de ANDERSON, BONNIE S., Y ZINSSER, JJDITH P., *Historia de las mujeres: una historia propia*. Crítica. Barcelona, 1991.